

El valor de la confianza¹

1. *Si no les agrada servir al Señor, digan aquí y ahora a quién quieren servir (...). En cuanto a mí toca, mi familia y yo serviremos al Señor²*. Es claro que en la vida hay momentos en los que es necesario tomar decisiones definitivas. No se puede, indefinidamente, eludir el compromiso.

Josué lo planteó al pueblo de Israel en un momento crucial. Acaban de tomar posesión de la tierra prometida. Ante la nueva etapa que se abre en su historia es necesario tomar partido. El pueblo elegido, ¿está dispuesto a obedecer a Dios?, ¿quiere ratificar la Alianza?, ¿va a ser fiel a Dios? O, por el contrario, ¿van a servir a los dioses de los pueblos vecinos?

En el Evangelio encontramos una alternativa semejante. Como hemos venido escuchando en las últimas semanas, el Señor, en la sinagoga de Cafarnaún, ha hablado largamente del Pan de Vida. Una amplia reflexión sobre la Eucaristía que se podría tal vez resumir en el versículo introductorio de la parte conclusiva que hoy se nos propone: *Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida³*. Unas palabras en verdad misteriosas, difíciles de aceptar y comprender.

La reacción de los discípulos es justificada: *Este modo de hablar es intolerable, ¿quién puede admitir eso?⁴* Pero Jesús, como antes Josué, no admite transacciones. *El que no está conmigo, está contra mí⁵*, había dicho en otra ocasión. Y, ahora, ante el gran misterio de la Eucaristía propone un compromiso semejante. Las cosas son así. ¿Lo toman o lo dejan?

2. No olvidemos que los hechos ocurren inmediatamente después del impresionante milagro con el que el Señor dio de comer a miles de personas con cinco panes y dos peces. Por tanto, había mostrado con signos evidentes que venía de parte de Dios Padre y hablaba en su nombre. Además, como el Señor habría de concretar más adelante (en la noche del Jueves Santo, con la institución de la Eucaristía) se trataría de recibirlo bajo la amable expresión de las especies eucarísticas del pan y del vino.

Pero lo cierto es que, de momento, la reacción es muy mala. Y Jesús, lejos de suavizar las cosas cuando muchos discípulos se echan para atrás y ya no quieren

¹ Homilía XXI domingo del tiempo ordinario, ciclo B.

² Primera lectura, *Josué* 24, 15.

³ Evangelio, *Juan* 6, 55.

⁴ *Ibid.* 60.

⁵ *Mateo* 12, 30.

andar con él, se dirige con firmeza a los Doce pidiéndoles un compromiso: *¿También ustedes quieren dejarme?*

Es, una vez más, la espontaneidad de san Pedro, la que salva la situación: *Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios.*⁶

San Agustín a quien, por cierto, celebramos el próximo martes, nos ofrece sobre este texto un bellissimo comentario: *Pedro, con la gracia de Dios y la inspiración del Espíritu Santo, entendió. Y, ¿por qué entendió? Porque creyó: ‘Tú tienes palabras de vida eterna’ (...). No dice: ‘conocemos y creemos’, sino ‘creemos y conocemos’. Creemos para poder conocer. Si hubiéramos querido conocer antes de creer, no hubiéramos sido capaces ni de conocer ni de creer. ¿Qué creemos y conocemos? ‘Que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios’, es decir, que tú eres la misma vida eterna, y en la carne y en la sangre nos das lo que tú mismo eres*⁷.

3. Primero, entonces, es la fe, *el creer*, y luego viene *el conocer*, el comprender. Es una preciosa lección para nosotros. Vamos a hacer un acto de fe en las palabras de Cristo que nos hablan de su presencia real en el Santísimo Sacramento. Y, estoy seguro, dejándolo entrar en nuestras almas Él verá la manera de llenarlas de luz y de paz.

Ante el acto de fe y confianza que se nos pide, tal vez nos ayude el siguiente ejemplo. Imaginemos que nos sobreviene un grave problema. Alguien nos ataca con una terrible calumnia que, por las razones que sean, resulta muy convincente para todo el mundo. No tenemos forma de defendernos y vemos, con desolación, que poco a poco, muchas personas queridas se van alejando de nosotros con desconfianza. Aceptan esa mentira y nos dejan solos. Si, en esas dolorosas circunstancias, un buen amigo permanece fiel, y nos dice con franqueza: *yo te creo. Yo sé cómo eres tú. Me consta que eres incapaz de hacer una cosa así. Estoy contigo. ¿Cuál sería nuestra reacción?, ¿acaso no sentiríamos en lo más hondo del alma un profundo consuelo?, ¿no experimentaríamos una inmensa gratitud para esa persona? Máxime si, por ese apoyo, nuestro amigo tiene que pagar un alto costo. Porque no faltaría quién piense que, claro, lo dice porque él también es así, porque tiene algún interés personal, o cosas parecidas.*

En las tristes circunstancias en que se encuentra la Iglesia en la actualidad, dar la cara por Cristo y por su mensaje, evidentemente tiene su costo. No es raro que al manifestar por ahí nuestra fe católica, alguien nos pueda preguntar: *Pero tú, ¿cómo puedes seguir creyendo en esa religión?, ¿cómo puedes seguir yendo a la*

⁶ Juan 6, 68-69.

⁷ SAN AGUSTÍN, *Comentario al Evangelio de san Juan*, 27, 9.

iglesia?, ¿cómo puedes acudir a los sacerdotes?, ¿es que no tienes ojos en la cara, no ves lo que está pasando?

La respuesta a todos esos interrogantes y a muchos más no puede ser otra: ***Yo creo en Jesucristo, mi fe no se apoya en tal o cual sacerdote o en tal o cual obispo. Yo creo que Jesucristo es el Hijo de Dios, que vino al mundo, murió y resucitó para salvarme y está realmente presente, porque así lo afirmó contundentemente, en la Eucaristía.***

Si, con Pedro, decimos a Jesús llenos de confianza: *Tú eres el Santo de Dios.* El Señor se conmoverá y como consecuencia inevitable la amistad entre nosotros se tornará indestructible.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 26 de agosto de 2018.